

# El complejo camino del maestro



La profesora Dorothy Marriot protege sus oídos durante una clase de música en la escuela Ewing para niños sordos en Nottingham, 1960. (Fotografía: Peter Hall / Keystone Features / Getty Images)

Rodolfo Bórquez Bustos

*Caminante no hay camino se hace camino al andar*

ANTONIO MACHADO

*Caminando hacemos brecha*

DICHO MEXICANO

EL GOLPE DE ESTADO EN CHILE encabezado por el dictador Augusto Pinochet marcó un hito en la historia de mi país, el sueño de millones de compatriotas por construir una vida más igualitaria, libre y justa se había desvanecido el 11 de septiembre de 1973. Junto a la represión, prevaleció un ambiente de terror y miedo. Se había impuesto un Estado

totalitario de excepción, sin leyes que respetaran los derechos humanos, solo existía la arbitrariedad de la injusticia aplicada por bandos y tribunales militares.

En aquella época, estudiaba sociología, y era dirigente político estudiantil universitario. Durante los tres años que duró el gobierno de Salvador Allende, muchos jóvenes hacíamos trabajo voluntario para ayudar a los campesinos sin tierra; durante nuestras vacaciones alfabetizábamos con el modelo pedagógico-didáctico de Paulo Freire, que en su exilio nos había dado una serie de cursos y talleres de “educación popular”; asimismo, hacíamos prácticas profesionales fundamentalmente en fábricas estatizadas.

Este tipo de actividades fueron consideradas por la dictadura como “subversivas”, ya que atentaban contra el orden. Por realizar estos “actos terroristas”, y ser militante de un partido de izquierda fui encarcelado; a mis 20 años ya era preso político, de lo cual siempre me he sentido orgulloso, ya que estoy convencido que todas las actividades desarrolladas tenían un sentido: contribuir a la construcción de un país donde prevaleciera la justicia social, la solidaridad con los que menos oportunidades tienen para lograr una mejor vida. Mi condición de preso político me empujó a un exilio forzado en Europa.

Bélgica fue el país que me acogió solidariamente, la ONU me dio el status de refugiado político, la dictadura de Pinochet me había quitado mi nacionalidad, legalmente no tenía patria, era apátrida, pero en realidad después de permanecer casi cuarenta años fuera de Chile esto no me afecta, al contrario, de facto me he convertido en ciudadano del mundo, optando vivir en la tierra que me encuentre a gusto y feliz.

Las circunstancias hicieron que mi residencia se estableciera en la bella y lluviosa ciudad de Bruselas, en el corazón de Europa Occidental. Después de trabajar dos interminables años como obrero, logré aprender medianamente el idioma francés, lo que me facilitó obtener una modesta beca e ingresar a la Universidad Libre de Bruselas, que es una institución pequeña de tamaño, pero inmensa en historia, formación y difusión de conocimientos. Tuve la fortuna de ser alumno de Ernest Mandel, Marcel Liebman, Henri Janne y decenas de académicos investigadores que gozaban de un amplio prestigio.

Mi reto era que se me “pegara” lo más que se pudiera de estos grandes intelectuales, pero antes debía aprender bien el idioma; para franquear este obstáculo seguí un curso audiovisual intensivo, me inscribí en la carrera de Periodismo, posteriormente hice un posgrado en Ciencias Políticas y Sociología.

En la universidad prevalecía la misma rigidez que dominaba la sociedad belga, el profesor y los alumnos llegaban cinco minutos antes que empezara la clase. Una vez, como buen latino, se me hizo un poco tarde; sigilosamente me introduje al aula y el profesor con voz solemne tomó el micrófono y me dijo “tú, turista... la clase ya empezó hace cinco minutos... por favor abandona el salón”. Con mucha pena había aprendido una gran lección, en Bélgica si llegas un minuto después de la salida del tren no llegas al destino programado; si sucede lo mismo cuando tienes una cita con una chica, la pierdes para siempre, ya que este acto es considerado como una falta de respeto.

Ya en el salón de clases la mayoría de los maestros eran los dueños del conocimiento, “magister dixit”, el maestro dijo, y lo que él decía era ley, no había espacio para una discusión posible. El discurso educativo se caracterizaba por ser frontal, tenía una sola dirección, el alumno por costumbre o temor no contradecía, o retroalimentaba las afirmaciones o dichos del docente. Las formas de evaluar eran tradicionales, un solo examen oral al final del semestre. Para medir si el alumno sabía o no, el profesor preguntaba sobre los diversos contenidos de todo lo visto, en promedio leíamos unos cinco libros por materia, más dos o tres libros escritos por el propio docente. Generalmente

el profesor hacía cinco preguntas; con dos respuestas equivocadas, el estudiante era reprobado. Con este sistema evidentemente tuve que cursar muchas materias en extraordinarios. Pero nunca me sentí derrotado, siempre miraba para adelante manteniendo la esperanza de que sí podía. En este modelo educativo, prevalecía la repetición memorística, Paulo Freire dirá la “educación bancaria”, donde el maestro “deposita” conocimientos y el alumno los repite.

Sin embargo, en la vida hay que sacarle provecho incluso a lo que consideramos negativo. Como decía un sabio amigo cubano, “lo que sucede conviene, chico”. Y efectivamente por primera vez en mi vida estaba en un dilema que marcaría en gran medida mi futuro: estudiaba respetando las reglas arbitrarias impuestas o volvía a la fábrica. Decidí aprender a estudiar y aprender con un sistema riguroso, donde debía poner a trabajar la memoria al cien por ciento. Entendí que esta forma de aprendizaje también tiene muchas ventajas cuando se combina con los procesos de comprensión. El viejo Aristóteles tenía razón, “el justo medio es la virtud”.

La beca se había agotado y tuve que estudiar mis dos posgrados trabajando como *freelance*, es decir “haciendo lo que se pudiera”: personal de limpieza, periodista, animador social, acomodador de mercancías en supermercados, mesero, etc.

Durante todo mi primer exilio, combiné el trabajo para sobrevivir, estudios universitarios y actividad política solidaria con mis compatriotas encarcelados, mediante un comité belga por la libertad de los presos políticos, y en la Federación de Estudiantes Latinoamericanos Residentes en Bélgica.

Por el más inusitado azar, el asesor de mi tesis de doctorado, Marcel Liebman, me invitó a que fuera su auxiliar asistente, es decir, que le ayudara en cuestiones administrativas de la docencia, pero al mismo tiempo que escribiera algunos ensayos sobre asuntos políticos de América Latina, y si veía el interés, conocimiento y talento, me permitiría impartir alguna unidad del programa del seminario Sistemas Políticos en América Latina. Con todo el pánico que implicaba como novato hacer este tipo de trabajo, acepté.

Esta pequeña experiencia forjó mi vocación como maestro, literalmente me enamoré de la docencia y de la investigación. Entre el azar, la búsqueda y la voluntad, decidí viajar a México. El propósito era recabar información sobre mi tesis doctoral, que versaba sobre la posibilidad de una transición política hacia la democracia en este país.

Lo primero que tuve que hacer fue naturalizarme belga, ya que México no aceptaba dar visas a refugiados políticos, aunque tuvieran residencia en otros países, y era comprensible, ya que había sido literalmente invadido por los exiliados sudamericanos y centroamericanos.

Mi interés era recorrer el país, obtener el máximo de información, volver a Bélgica, escribir mi tesis y hacer una futura carrera como docente investigador. Pero todo ese proyecto quedó atrás, nunca hice la tesis y he permanecido en México desde que toqué esta maravillosa tierra en 1984.

México atrae como un gigantesco imán, es un país de múltiples colores. A pesar de todas las dificultades sociales, económicas, educativas, de salud y

necesidades básicas que sufren muchos de sus habitantes, vi una población amable, con un sentido de unión familiar, curiosamente contenta a pesar de tantas adversidades; el pueblo mexicano es fiestero, con sentido de pertenencia. Sentimiento que raramente encontraba en los belgas o los chilenos, que en su mayoría desean que los hijos crezcan rápido para que se vayan del hogar, recurrentemente se aburren en las fiestas, son poco solidarios, siempre se quejan, sus rostros se ven opacos, tristes a pesar que materialmente viven mejor que en México. Pero también vi a México como un país de contrastes, muy poquitos ricos, una clase media frágil y una inmensa población que vive miserablemente.

En una librería que visité, me hice amigo de José, Marco Antonio, Nereo y Ramiro, todos veracruzanos radicados en el DF. Fue amor a primera vista, establecimos una excepcional amistad que conservamos hasta estos días, como nos decimos, “somos hermanos”. Ellos me abrieron un amplio abanico social de amistades y me enseñaron la historia y cultura mexicanas, fueron mis primeros maestros mexicanos.

Una “cosa trajo consigo otra”, súbitamente me encontré participando en un concurso para ser docente en la Universidad Autónoma de Guerrero (UAG), que recién salía de una crisis económica. El Estado había retenido durante un año los recursos para reventarla, debido a que la UAG mantenía un compromiso social con los que menos tienen.

Como docente inexperto quise hacer lo que generalmente hacemos los profesores, copiar la manera



de trabajar de algún maestro destacado que nos marcó cuando fuimos estudiantes. Pero mi modelo “belga” no funcionó, debido al contexto en el que laboraba, no había biblioteca, los estudiantes en su mayoría trabajaban y estudiaban, los salones carecían de infraestructura adecuada. Definitivamente no podía aplicar un modelo viejo a una situación nueva. En mi primer día de clases, la universidad estaba cerrada; después de quince minutos de espera llegó el personal de limpieza; diez minutos más tarde llegó la secretaria; con media hora de atraso, llegaron los primeros estudiantes; y el director nunca llegó.

Después de cursar dos posgrados en el área de educación, y formándome continuamente de manera autónoma, he logrado construir un modelo pedagógico propio, formulándome a mí mismo dos preguntas básicas: 1. ¿Qué es educar? Mi respuesta ha sido, contribuir a la formación integral del estudiante, en conocimientos, habilidades, buenos hábitos de trabajo y valores. Y 2. ¿Cuál es la función que debe cumplir la universidad? Crear conocimientos, formar profesionistas responsables y con compromiso social, difundir un



El profesor J.H. Williams con un grupo de escolares en Gales, 1935.  
(Fotografía: Fox Photos / Getty Images)

conocimiento pertinente y ser la conciencia crítica de la sociedad. Para ello debo tener claro qué es lo prioritario que los alumnos deben aprender, cómo lo deben aprender y para qué lo deben aprender. Entonces entendí que sí es importante el programa, como también lo es la técnica que se debe usar para enseñar, pero mucho más importante es saber a qué tipo de estudiante tengo frente a mí, cuáles son sus habilidades, su capital cultural, sus carencias y prioridades. En este sentido, la educación es una ciencia, una técnica y sobre todo un arte, donde el profesor aprende del estudiante y el estudiante aprende del profesor. En esa relación dialéctica ambos construyen el conocimiento y promueven la tolerancia.

Este ha sido mi aprendizaje obtenido en mis prácticas sociales-educativas en Chile, Bélgica y México. Siempre tropezándome, siempre cayéndome, pero también siempre levantándome de vuelta. Mi primera caída en México fue no comprender el rico albur que recorre todos los rincones de este bello país, que continuamente se ríe de sí mismo. Cuando me inicié como docente en la Facultad de Sociología de la UAG, mi alumno Aurelio Peláez, que actualmente es un destacado periodista, me hizo una calavera con motivo del día de muertos, y mediante un curioso juego de palabras en perfecta armonía y rima me describió tal como era. Finalmente, refiriéndose a mi nacionalidad, afirmaba que aún no le quedaba claro si yo era “muy chile o muy belga...” Después de una pertinente explicación comprendí... pero este tema tendría que ser pretexto para un continuará... **▲▲**